

## Recuerdos que aún no tengo

Por Ana Castro

Pablo García Casado concluye en uno de sus poemas: “ítaca no es ítica es San Francisco”. Pero, ¿es Ítica un viaje, un aprendizaje continuo, un lugar al que llegar o un universo que descubrir? La Ítica de María Ortega Estepa (Córdoba, 1983) es sencilla, casi cotidiana y precisamente en ello reside la dificultad de aterrizar en ella. Aunque continuamente se cuestione como persona y como artista hacia dónde se dirige, siente que sus objetivos se van cumpliendo paso a paso, desde la alegría y felicidad con la que vive su día a día. He aquí su Ítica particular: llegar a su estudio y ser feliz con su trabajo, poder ser en este espacio propio simplemente ella misma y zambullirse de lleno en su imaginario, esa “poesía de la tierra que nunca ha muerto” (John Keats). Jugar con los distintos componentes de las piezas y observar la transformación de la obra, cómo es ésta la que se le revela a ella con hallazgos que le otorgan nuevos sentidos..., mientras algunas piezas de Ludovico Einaudi o el álbum “Sacred Spaces” de SYML suenan en su cabeza, y sabiendo que sus hijas la están esperando en casa para abrazarla. No precisa nada más. Esa es la Ítica que la envuelve, la acompaña y en la que se refugia desde el momento en el que atisbó la mayor belleza y felicidad en ese cielo estrellado del desierto del Sáhara allá por 2008 cuando viajaba a un campamento de refugiados simplemente con su arte, donde este crecería como algo más: un compromiso.

Desde la intimidad de su estudio, de ese espacio propio y natural que ha construido, María se zambulle entre papeles, ramas, pinturas, constelaciones... Su lugar es tan ancestral como la tierra o el agua, porque María parece recién salida de un bosque, con ramas en el pelo y manos verde esmeralda, en las que atesora esa luz que convierte en belleza en cada una de sus obras. Se enfrenta al arte desde su condición de mujer (madre, hija, nieta...), un legado femenino interrumpido por historias llenas de silencios, que nacen y brotan de la Naturaleza, y trata de rescatar en sus obras. De ella y de su tierra natal, Córdoba, toma su lenguaje artístico, tan poético como el aire de las noches frescas de verano. Su pintura suena a silencio, sonidos tenues y recuerdos; es cálida y fría a la vez. También ésta son relatos, versos, fotogramas de películas o conversaciones que ha tenido y que han ido conformando su sensibilidad artística.

A veces, simplemente, algunas cosas nacen y viven en el interior de una misma, sin esperar su llegada. Rembrandt dijo: “Elige solo una maestra; la Naturaleza.” María no la eligió. La vida la condujo sin darse cuenta a ese discurso, a contarse desde la poética de la Naturaleza, a plasmar a través de ella el amor y el dolor más íntimo. Este es su lenguaje y su cuerpo, un canal para hacer brotar su voz. Esa mirada desde la quietud, con la respiración de fondo como acto necesario, hizo que sus ojos se posaran en esa vida externa que nos rodea para conectarla con su interior. Y así nació su lenguaje, su arte como forma de comunicación con el mundo y consigo misma.

Aunque en la actualidad gran parte de su trabajo se vuelca en lo comunitario, en su entrega a los demás, y en la calle, en el mural –desde 2010, da conferencias y cursos relacionados con el Arte y la Intervención Social, una de sus especialidades y puntos centrales de creación; como arteterapeuta ha impartido talleres de formación en diversas asociaciones de personas en riesgo de exclusión social y en centros educativos, tanto a profesorado como a alumnado, orientados a la mejora de la convivencia escolar; ha realizado intervenciones murales comunitarias en centros penitenciarios, barriadas periféricas, zonas de conflicto (campamentos de refugiados del Sáhara Occidental) y en el ámbito hospitalario (UCI adultos, Oncología y Reanimación) y también en solitario en zonas rurales y distintos festivales; y es coordinadora del taller de Artes Plásticas de Fundación Alalá en el Polígono Sur de Sevilla desde 2017–, para representar su Ítica precisaba intimidad, dialogar consigo misma y regresar a sus espacios interiores. Crear desde su estudio y abandonarse al proceso, algo de vital importancia en su forma de trabajo. Es a lo largo de él donde se va

encontrando pequeños tesoros que rescatar y poner en valor, con los que jugar casi como si fueran un puzzle y que terminan conduciéndola a lugares que no esperaba, como ha sucedido con esta pieza. Al fin y al cabo, el poso y la fuente de esta introspección continua, incesante, que acompaña el trabajo de María se nutre de todo el trabajo interno y personal que lleva realizando desde hace años como arteterapeuta y de todas sus intervenciones colectivas y queda reflejado, de una forma u otra, en su obra individual. En toda su naturaleza interior, esas ramas que han abrazado tantos cuerpos, tanta rabia e incompreensión, tantas historias de dolor ajeno acalladas, se van colando en su trabajo como nómadas con los que compartimos raíces.

María tenía claro que el punto de partida para *Recuerdos que aún no tengo* tenía que ser la pieza que realizó *site specific* hace unos años para el Centro de Arte Rafael Botí, *The Wardian Cases* – una de las primeras obras suyas que vieron sus hijas, animándose incluso a tocar algunos de los componentes–, con la que invitaba al espectador a penetrar en su espacio interior desde el autoconocimiento. Necesitaba continuar indagando ahí, a través del arte del fragmento que va más allá del soporte y el espacio bidimensional, con el mismo tono intimista que caracteriza su trabajo, para mostrar así su propio crecimiento personal y como artista en los últimos años. De nuevo, el proceso adquiere un protagonismo central: cortó algunos de los componentes de la obra anterior que la interpelaban con la intención de jugar con ellos hasta encontrar el lugar exacto en el paisaje que latía en su interior. Al mismo tiempo, su voz brotaba y adquiriría la forma de colores que emplearía.

Y, entonces, el desplazamiento de una rama. La obra habló por sí misma. La transportó a lugares donde ella sueña dentro de su propio imaginario. Este hallazgo la hizo sentir algo físicamente en su interior que le confirmaba que, efectivamente, ese era el camino que debía seguir la obra. Algo muy íntimo: la naturaleza más preciosa de su universo interior; la calma... Y los universos por venir. Esa calma que es Ítaca y la belleza y alegría que emana la sonrisa de María: un espacio para jugar, crecer, bailar, pronunciar lo importante y, ojalá, permanecer siempre; donde construir todo aquello por venir. Un lugar con su propia música interior que despierta emociones y funciona como entrada a un jardín propio; abierto a todo en potencia, a lo que vendrá, a lo que construiremos a partir de todo ello.

Pero esta naturaleza, ya con vida y voz propia, continuó brotando durante el proceso de montaje en la propia sala expositiva hasta que sus distintos componentes se asentaron y encontraron su propio lugar en esta estancia. Cuando la obra y la propia María se desplazan, todo se mueve: es un organismo vivo que desborda los límites de la propia composición natural para crecer más allá, expandirse hasta encontrar un espacio donde asentar su respiración.

La parte superior de la obra, la más aérea, la del cosmos, apenas esbozada y planteada en el estudio, es en la sala donde encuentra su propio lenguaje, sin límites formales. Y aquí aparece la faceta de María como muralista, que es en la que se centran en la actualidad muchos de sus trabajos. El pincel es entonces una extensión de su mano y, esta última, del corazón. Esta conexión delimita su voz. De hecho, a veces siente que no es ella la que pinta, sino que los lugares van cambiando con magia propia, como la nostalgia de lo que está por venir.

A través de esta parte de la intervención, el horizonte situado a la altura de los ojos desaparece. El presente se diluye y expande. María ahonda en la noche y nos conecta con el cosmos, con el universo, con lo onírico que vive dentro de nosotros. Esta zona supone una inmersión en todas esas constelaciones propias y colectivas tan relevantes en la obra de María. El lugar presente establece conexiones con el figurado y futuro a través de constelaciones emocionales individuales –a modo de los hilos de araña de Louise Bourgeois–, que invitan a sumergirse en ese universo recogido por María desde el cual proyectarnos más allá de la obra para cuestionarnos acerca de nuestros vínculos y acerca de nuestra Ítaca particular.

De esta forma, crea una sensación inmersiva total, ya que el jardín nos interpela y nos invita a agacharnos para contemplar las distintas capas y detalles, como si caminásemos por un espacio natural suspendido en el tiempo, sin dejar de lado esa parte lúdica e ilusionante que despierta esta experiencia en nuestro niño interior. Esta puerta de entrada al paisaje emocional de María se abre ante nosotros y nos invita al autodescubrimiento de nuestro propio bosque, para disfrutar de un paseo por él en una noche estrellada en la que, casi sin pretenderlo, las constelaciones plasmadas se alinean para regalarnos emociones que yacían silenciosas en nuestro interior, presentes y aún no reveladas.

*Recuerdos que aún no tengo* se adentra en ese paisaje que reside en nuestro interior, en permanente construcción (y deconstrucción), entre ramas en movimiento que nos agitan, ráfagas de aire que nos reordenan y un cielo en permanente expansión repleto de galaxias y sueños; todo ello reconfigura el bosque en el que intentamos erigir nuestro refugio total. Aproximarse a Ítaca es adentrarse en esa naturaleza que brota día a día y alzar la cabeza para contemplar las estrellas una noche cualquiera y, a su vez, el recuerdo de ese momento que aún no ha acontecido.